

# Los Relatos nacionales en Iberoamerica: El relato como eje configurador de la identidad individual y colectiva

Ana Cecilia Ojeda Avellaneda

Universidad Industrial de Santander, Colombia

Pareciera que la aceptación de la existencia de relatos nacionales en Iberoamérica no planteara mayores resistencias ni cuestionamientos. Lo que está en entredicho entonces estaría planteado en la pregunta por el tipo de imaginación que ha regido la construcción de dichos relatos. Sin embargo, si la pregunta por la imaginación es necesario abordarla e intentar dilucidarla, consideramos necesaria una aproximación a la noción de relato, por cuanto es éste el objeto real cuya materialidad se concreta en el lenguaje y cuyo destino final está directamente filiado con la construcción de la identidad tanto individual como colectiva.

Hablar de relatos nacionales en Iberoamérica, implica que ellos están ligados a la idea moderna de nación y que es precisamente en ese contexto que debemos situarnos. Es decir, sería a partir del surgimiento de las nuevas naciones, a la luz de los procesos de independencia y con los ecos de las guerras aún resonando en las mentes y en los corazones, que empezarían a tejerse los relatos nacionales que acompañarían, imaginarían y quizás moldearían el proceso de construcción de la nación.

La aparición entonces de los relatos nacionales es correlativa con la necesidad que tiene un grupo cualquiera de procurarse una imagen de sí mismo, de "representarse", en el sentido

teatral de la palabra, de ponerse en juego y en escena (Ricoeur, 1986: 255)<sup>1</sup>. Es aquí que relato e imaginación se encuentran, se ponen a prueba, porque es a partir de ese encuentro que empieza la construcción de una identidad nacional. Identidad que como lo plantea François-Xavier Guerra, "remite siempre a lo que un grupo considera ser y a lo que, por lo tanto, lo vuelve diferente a los demás", dicha identidad, en palabras de este autor, "puede ser considerada en dos registros diferentes: el político (lo que define a una colectividad con estatuto político reconocido y que posea un territorio, instituciones y gobierno propio) y el registro cultural (en el que se comparten un conjunto de representaciones colectivas respecto de las relaciones del grupo con la tierra, la historia, la providencia, sus vecinos [...])" (1997: 102)

Ahora bien, comprendemos que el plural utilizado cuando se habla de "relatos nacionales", implica no solamente que cada nación, como lo señalamos anteriormente, cuenta con relatos diferentes y que le son propios, pues ellos dependen de los contextos en los que han surgido, sino también que al interior de cada nación hay diferentes y heterogéneos "Relatos", y que por consiguiente cuando hablamos de ellos, estamos teniendo en cuenta esta diversidad.

<sup>1</sup> La traducción es nuestra.

Si ello es así, estaríamos en la línea de reflexión planteada por Gerome Bruner, cuando señala, que una cultura no cabe nunca en un solo relato (2005: 72), motivo por el cual existen en la cultura una proliferación de narraciones en las que se soportan tanto los individuos como las sociedades en el transcurso de su historia. Historia que no sería entonces otra cosa sino el cúmulo de relatos en los que se cuenta el trasegar de una sociedad y que, según los diferentes puntos de vista, momentos históricos, intereses, ideologías, nos pueden referir la misma Historia, en sus diferentes versiones, en versiones que se confirman, que se legitiman, que se contradicen, que se oponen, que se niegan, que se silencian o que se hacen evidentes. El relato cualquiera que sea su forma - mítico, literario, fáctico, relato de justicia, etc., - consiste siempre en una dialéctica entre lo que esperamos y lo que se produce efectivamente. Para que haya historia es necesario que un acontecimiento imprevisto suceda; de lo contrario, "no hay historia" y las historias son a la cultura su moneda y su emblema, en el sentido en que la cultura, en su aspecto figurado, modela y determina nuestras expectativas (Bruner, 2005: 28).

Es porque las historias, los relatos, en la subjuntivación del mundo, nos procuran modelos de ese mundo que los leemos, los contamos y nos afirmamos en ellos. El relato, incluso el de ficción, da forma a la experiencia humana confiriéndole una especie de derecho a la realidad. La ficción, en su configuración, parte de lo que nos es familiar para sobrepasarlo y conducirnos hacia el dominio de lo posible, de lo que podría ser, de lo que hubiera podido ser, de lo que quizás un día pueda llegar a ser, nos dice Bruner. (2005, 26) En este sentido es necesario aclarar que la cultura no concierne únicamente la norma: se interesa por la dialéctica entre lo que releva de la norma y lo que es humanamente posible y es precisamente de ello que se ocupa el relato.

Los modelos narrativos no se ocupan solamente de dar forma al mundo, sino que moldean los espíritus que buscan construir un sentido a dicho mundo. Sin embargo, es necesario reflexionar a cerca de la capacidad narrativa que los individuos y las sociedades han desarrollado a lo largo de su historia. Dicha capacidad estaría directamente relacionada con las necesidades más profundas, es decir, ontológicas del ser, en la medida en que los relatos se convierten en reguladores de la cultura, no porque ellos se impongan desde afuera, sino porque el hombre, desde sus orígenes, poseería una especie de predisposición al relato, al saber esencial (Bruner, 2005: 46). Esta predisposición estaría dada por la necesidad que tenemos los humanos de contar y contarnos la historia más adaptada a una situación determinada, de explicar y explicarnos por qué nuestros planes o nuestras expectativas han o no funcionado, por qué nuestras esperanzas han podido o no concretarse. Y si recurrimos al relato, incluso antes de conocer las normas que lo rigen, no es solamente por su estructura en sí, sino por su flexibilidad, por su maleabilidad y porque nuestra sensibilidad narrativa estaría en concordancia y en la búsqueda de las formas sintácticas adecuadas para contar una situación determinada.

En este sentido, es pertinente precisar que las reglas que rigen el relato están tan profundamente inscritas en nosotros y que los relatos cualquiera que sea su origen e intención, al asumirlas, se hacen más próximos a la vida por el solo hecho de acatar y de respetar dichas reglas (Bruner, 2005: 35).

Aquí, a manera de ejemplo, vale la pena retomar la palabra del narrador de una novela recientemente publicada cuando afirma "Al final no triunfamos los humanos, al final solo triunfa el relato, que nos recoge a todos y a todos nos levanta en su vuelo, para después brindarnos un pasto tan amargo, que recibimos como una limosna última la declinación y la

muerte" (Ospina, 2005: 463). Este narrador que pareciera prestar su voz o tomar prestada la voz de su creador, para anunciarnos que lo que tenemos en nuestras manos, ante nuestros ojos y nuestro entendimiento, no es sino una versión más, otra versión, otra aproximación, otra lectura y escritura, otro relato, de ese fragmento de nuestra Historia, tantas veces contado y de tantas maneras y sobre el que pareciera necesario volver, desde este presente, quizás buscando encontrar allá, en ese pasado no tan remoto una explicación a nuestra condición y una afirmación de la esperanza futura, la reescritura de una Historia o, mejor, de una versión de la Historia, en la que la apelación a la imaginación creadora, nos induce al ejercicio de la "rememoración" o búsqueda activa, de unos acontecimientos fundadores cuyo carácter violento y cuya complejidad humana, fueron legitimados después por un estado de derecho precario (Ricoeur, 2003: 109), es decir por otra forma del relato, en el que las leyes no podían ajustarse a las realidades, porque esas realidades no tenían un antecedente histórico que les sirviera de referencia y de legitimación.

Al igual que este relato, muchos otros ejemplos hubiesen podido ser válidos, no necesariamente tomados del relato literario, sino también del relato histórico, jurídico, mítico, autobiográfico, etc.

En un reciente Congreso de Historia, dos formas del relato se hicieron presentes, dos formas que aunque muy diferentes en su estilo, en su retórica, no por ello dejan de ser fundamentales para la construcción de los sentidos que cada uno de nosotros nos procuramos de los acontecimientos que allí nos fueron narrados. Historia, música y poesía se tomaron la palestra, en un ritual que simplemente rememora lo que los hombres venimos haciendo desde los tiempos de los tiempos: relatar y relatarnos, contar y contarnos, como acto fundacional que inaugura congresos y como acto inaugural que nos recuerda nuestra humana condición.

Pero, volvemos ahora a lo que es el eje central de nuestra exposición y quizás con un poco más de elementos, abordemos ahora sí el problema de la imaginación política o literaria relacionada con nuestros relatos nacionales.

## Memoria e imaginación

La memoria es del tiempo y es del pasado y la imaginación es, entonces, la mediación necesaria para que surjan nuevas posibilidades de semantización de ese pasado. La imaginación es prospectiva; eso significa que el esfuerzo de rememoración lleva implícito una propuesta de posibilidad o de futuro. La imaginación dice Ricoeur, es un "modo indispensable de investigación de lo posible". Sostiene que la imaginación es más bien un método, un camino para traer a la luz aquello que estaba oculto y no tanto un contenido. Es la operación que da al sentido sus esquemas significativos. Imaginar es, repentinamente, "re-estructurar los campos semánticos, o sea, ver-como tal cosa".

La imaginación tiene una función heurística que con su capacidad de desplegar nuevas dimensiones, nos obliga a suspender nuestros juicios respecto de la anterior descripción del mundo. Este "libre juego de posibilidades" sólo puede darse en un estado de no compromiso explícito respecto del mundo de la percepción y de la acción. "No compromiso explícito" porque Ricoeur plantea que es una ilusión pensar una imaginación totalmente descomprometida. La imaginación hunde sus raíces en el deseo, el cual se presenta como una fuerza intencional que la pone en movimiento. Se trata del deseo como "presencia-ausencia de un sentido" que quiere ser cumplido y como "marca de finitud" que manifiesta una carencia. Este deseo también debe ser entendido como reclamo configurador de ideales y obliga al hombre a salir de sí mismo en un éxodo creativo de cultura (Begué, 2002:65).

Y es precisamente en ese éxodo creativo de cultura, allí donde el mundo de lo simbólico se juega su papel de "hacedor" y moldeador de individuos y de sociedades en donde el papel de la imaginación en sus dos expresiones fundamentales, la de ideología y la de utopía, debe ser comprendido. La imaginación, dice Ricœur, tiene por competencia preservar e identificar la diferencia entre el curso de la historia y el curso de las cosas. La posibilidad de una experiencia histórica en general reside en nuestra capacidad de permanecer expuestos a los efectos de la historia, pero permanecemos afectados por los efectos de la historia en la medida solamente en que somos capaces de prolongar nuestra capacidad y de ser así afectados. La imaginación es el secreto de esta competencia.

En nuestro caso, nos parece pertinente, tener en cuenta estos planteamientos, en la medida en que la condición fundamental de la experiencia histórica se ofrece siempre, por la capacidad que tenemos como humanos de ofrecernos en imaginación a los "efectos de la historia". Y dentro de las prácticas imaginativas que atraviesan nuestros relatos nacionales, no podemos dejar de lado, como ya lo habíamos señalado, dos de las dimensiones centrales que configuran nuestra imaginación y nuestro imaginario social: la ideología y la utopía.

Si la imaginación puesta en nuestros relatos nacionales es tributaria de estas dos dimensiones es porque en la elaboración y producción de éstos se plasma la constitución simbólica de un lazo social en general y de una relación de autoridad en particular. Esto explica por qué determinados relatos se imponen y cobran mayor trascendencia frente a otros, en determinados momentos del devenir de nuestras naciones. La imaginación puesta en el relato, vehicula tanto la ideología, pero no reducida al nivel de distorsión o disimulación, sino en su función de integración, de legitimación, de repetición del lazo social y la utopía, pero no reducida al

nivel de la imposibilidad, sino en función del proyecto imaginario de una sociedad diferente, de una realidad diferente que puede imaginarse porque puede llegar a ser.

El no lugar de la utopía, la extraterritorialidad espacial, el salto al exterior, es lo que permite a la imaginación creadora la posibilidad de una nueva mirada sobre la realidad, la opción de abrir el campo de lo posible hacia otras dimensiones de la existencia, de darle dimensión y contorno al deseo para luego devolverlo, traerlo, hacerlo realidad y concebir las expectativas con cierto grado de factibilidad en lo realizable del futuro. No por otra razón, lo que allende fue utópico, se convierte en realidad y genera a su vez, nuevas formas de la utopía, en la que nuevas esperanzas y deseos puedan ser soñados, e imaginados, condición fundamental de lo que nos define como humanos.

Y si la utopía es válida como dimensión configuradora de la imaginación humana, la ideología lo es en términos que solamente en apariencia pudieran ser considerados antagónicos. La ideología en sus funciones de integración, de legitimación y de disimulación (Ricœur, 1986: 425), es la concreción en el relato, tanto individual como colectivo, de la cimentación, asimilación o negación de la norma, de la búsqueda de legitimidad, de la consolidación de visiones de mundo y de formas de actuar cuyas manifestaciones más profundas, anclan sus raíces en el universo de la creencia, allí donde parece registrarse y de donde parece emanar la estructura simbólica de la memoria social o colectiva.

Utopía e ideología son entonces dimensiones configuradoras de la imaginación y que pueden lograr sus representaciones en discursos o relatos que dependiendo del énfasis puesto en una u en otra de estas dimensiones, juegan, en todos los casos, el papel de mediadores entre la realidad y lo que se quiere, piensa o desea de ésta, es decir, entre la realidad y el ideal

que cada sociedad se plantea está “el relato”, los relatos, como única mediación posible en la que el individuo y la sociedad se juegan la configuración de una identidad que no puede ser si no es relatada.

Es bajo estos presupuestos que queremos entender hoy la función de los relatos nacionales en Iberoamérica, relatos que no hubiesen podido, que no pueden, ni podrán ser posibles, sin la existencia de una imaginación creadora capaz de proyectar un futuro, en términos de utopía, de cimentar y legitimar un pasado, en términos de ideología, en este presente, en el que gracias a esa imaginación las aporías de nuestra temporalidad se funden y nos permiten, la esperanza, la nostalgia, la desesperanza, en último término, la vida.

La imaginación así planteada, con relación a nuestros relatos nacionales, deja entonces de ser, imaginación política o literaria y deviene “Imaginación” como fundamento individual y colectivo que ha permitido una toma de conciencia y una manera de situarnos en la historia en la que han convergido las expectativas de futuro, las tradiciones heredadas del pasado y las iniciativas del presente.

En este sentido, el relato, o los relatos nacionales, se hacen protagonistas de la Historia como queriéndonos mostrar que efectivamente el actuar humano no solamente está movido por los relatos, sino que sigue produciendo relatos en los cuales poder sustentar su existencia, pues finalmente aquí se estaría confirmado, una vez más la afirmación de Ricœur, según la cual el relato es constitutivo de nuestro ser.

Cada relato es entonces una mediación para contar una historia que pide, por ella misma ser contada, que necesita salir a la luz, porque hay en ella algo del ser “aún no dicho”, una verdad que necesita ser aproximada y que necesita ser develada, ser relatada para que pueda existir y formar parte de ese ser del que

emana, pues la verdad no es sino la expresión de la voluntad de verdad y la verdad no se hace, solamente se acerca. La historia expuesta, en la sobreabundancia de sentido puesta en los relatos, busca una forma para poder decirse, y encuentra en éstos, con su flexibilidad y sus múltiples maneras de expresarse la forma más conveniente para concretizar su ansia de palabra.

Ansia de palabra que encuentra en la posibilidad del relato como fruto de una capacidad imaginativa, una serie y variedad de relatos, que, para el caso que hoy nos congrega, desde los llamados relatos fundacionales, hasta nuestros días, no cesan en su afán por significarnos y permitirnos la construcción de los sentidos que le dan coherencia a nuestra existencia.

Los relatos nacionales en Iberoamérica se sitúan entonces, en la línea de construcción de las naciones y de los individuos modernos cuyo eje de configuración gira en torno a la idea moderna del contrato social, el cual cambia el eje de relación del hombre con el mundo y con la trascendencia para situarlo en la centralidad en la que el individuo se compromete con la sociedad a partir de unos derechos y deberes que le dan su autonomía y le permiten reconocerse en la autonomía del “otro”, de los “otros”.

En este sentido, las proposiciones de mundo que emergen de nuestros relatos nacionales, de nuestras actas de Independencia, de nuestras constituciones, de nuestros códigos civiles, de nuestros poemas épicos, de la retórica del discurso político y hasta del sermón religioso, de nuestras novelas nacionales, de nuestros tratados de historia patria, etc. son y seguirán siendo, el resultado de las inquietudes, de los deseos, de las preocupaciones, de los encuentros y desencuentros entre el ideal y la realidad que desde hace dos siglos acompaña nuestros procesos de construcción de la nación. Ideal y realidad como construcciones tanto individuales

como colectivas en las que el relato juega un papel mediador y en el que es imprescindible, fundamentalmente para el caso del siglo XIX, tener en cuenta al escritor, por cuanto éste representa, en palabras de Gutiérrez Girardot, la primera mediación entre la realidad y lo que de ella se dice, y porque nuestros relatos nacionales, están signados por la impronta de aquellos hombres decimonónicos, que al mismo tiempo que imaginaron la nación, fueron partícipes de su construcción, y además de ello la convirtieron en relatos en los que la ideología y la utopía, como dimensiones de una imaginación creadora, convivieron en ese entramado que aún hoy nos ocupa y nos preocupa.

Muchos serían los ejemplos a los que podríamos apelar para ilustrar lo hasta aquí planteado, sin embargo, hay un relato nacional que por su trascendencia continental y por el papel que ha jugado en la configuración de identidades individuales y colectivas, bien vale la pena traer a esta mesa de trabajo. Ya en otro momento lo hemos planteado (Ojeda, 2002), pero hoy con otros elementos de juicio y habiendo socavado los caminos de nuestra intuición y de nuestra imaginación creadora, nos atrevemos a reiterar que si algún relato nacional ha sido cohesionador, legitimador e integrador de identidad, es precisamente el relato que emana y que hemos tejido a largo de estos dos siglos en torno a una figura central, la del padre de la Patria: Simón Bolívar.

Relatos múltiples, que emanan de la propia pluma del Libertador, y relatos múltiples y multifacéticos que emanan y se tejen alrededor de esta figura tutelar. Discursos políticos, constituciones, poemas, novelas, tratados de historia, biografías, canciones, películas, textos iconográficos, esculturas, etc, dan cuenta de nuestro afán por construirnos, por decirnos, por explicarnos, por comprendernos, por identificarnos, en una palabra, por relatarnos y seguir relatándonos, porque hay en este relato algo de nuestro ser, en el que una gran

mayoría de Iberoamericanos nos encontramos o nos sentimos aludidos. Relato fundador y fundacional del que hoy aún somos tributarios, herederos y en el que, como allende, nuevas generaciones seguirán avizorando rendijas de esperanza y de futuro.

## Bibliografía

- Begué, Marie-France y Ricœur, Paul (2002). *La poética del sí-mismo*. Buenos Aires. Biblos.
- Bruner, Jerome (2005). *Pourquoi nous racontons-nous des histoires?* Paris. Pocket.
- Guerra, François-Xavier (1997). "La nación en América hispánica, el problema de los orígenes". *Nación y modernidad*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Ojeda Avellaneda, Ana Cecilia (2002). *El mito bolivariano en la literatura latinoamericana*. Bucaramanga. Ed. UIS.
- Ospina, William (2005). *Usúa*. Bogotá. Alfaguara.
- Ricœur, Paul (1986). *Du texte à l'action*, Paris. Seuil.
- Ricœur, Paul (2003). *La memoria, la historia y el olvido*. Madrid. Trotta.